



Cuaresma 2021 Primer Domingo de Cuaresma



NOTAS EXEGÉTICAS Génesis 9, 8-15

En la Biblia, el relato del diluvio y del arca de Noé ocupa cuatro capítulos. Sin embargo, en la lectura litúrgica de este domingo aparecen solamente algunas líneas que son las más importantes: la Alianza que Dios le propone a Noé y, por medio de él, a toda la humanidad.

En estos pocos renglones aparece cinco veces la expresión "Alianza". "Yo establezco contigo mi alianza", dice Dios; una promesa que no figura en ningún otro lugar en la Biblia: un verdadero pacto entre Dios y los hombres, un proyecto bondadoso de Dios sobre la humanidad: he aquí una idea que el ser humano jamás hubiera podido encontrar solo, para que surgiera fue necesaria la revelación bíblica.

Y esta alianza perpetua entre Dios y la humanidad es simbolizada por la imagen extraordinaria del arco iris. Es claro que el arco iris existía desde mucho antes de la escritura de este texto: pero ¡que magnífica inspiración! Este arco iris que parece unir el cielo y la tierra, que coincide con el retorno de la luz después de la tristeza de la lluvia es un bello símbolo para la alianza entre Dios y la humanidad y esto, sin hablar del juego de palabras que vale tanto en hebreo como en español: en las dos lenguas, la misma palabra designa el arco en el cielo y el arco de tiro que servía entonces para la guerra: la imagen que se nos sugiere es que Dios pone su arma sobre el muro. El mensaje en el fondo que se nos comunica consiste en que cada vez que veamos el arco iris, hemos de recordar que Dios es amigo de los seres humanos.

La biblia no fue el primer libro en contar la historia del diluvio. Cuando el autor bíblico construye este relato, seguramente conocía relatos babilónicos semejantes. Sin embargo, hay diferencias importantes entre el relato bíblico y los de los pueblos vecinos, con relación a algunos elementos esenciales. En los relatos babilónicos los dioses desencadenan el diluvio porque están cansados de los seres humanos a quienes habían creado para su servicio y su placer, mientras que en el relato bíblico los seres humanos son los responsables de su destino. Por otra parte, Dios no mezcla a los inocentes con los culpables. Además, al final del viaje, terminado el diluvio, en la epopeya babilónica, el héroe es llevado al cielo y llega a ser él mismo una divinidad, escapa definitivamente a la suerte de la humanidad.

La biblia entrevé otra cosa. Noé sigue siendo un ser humano con quien Dios continua y renueva el proyecto de la creación. Dios emplea los mismos términos para Noé y para Adán: "Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra" (Gn 9, 2 y Gn 1,). Y Dios planta definitivamente su arco en las nubes para hacer alianza con la humanidad.



Salmo 24,25

Este es uno de los salmos que con mayor frecuencia se nos propone en la liturgia, lo que significa que es un verdadero modelo de oración. Efectivamente encontramos en este salmo los temas mayores de la oración y de la fe de Israel. En los pocos versículos que aparecen en este domingo, valdría la pena retener sobre todo tres: Dios nos salva, Dios nos enseña, Dios nos ama.

Primera carta de San Pedro 3, 18-22

Se saben pocas cosas a propósito de las circunstancias de la redacción de esta carta, dirigida por Pedro a los cristianos del Asia menor, de lo que hoy llamamos Turquía. Podemos imaginar que fue escrita en un período de persecución, porque Pedro dice "Cristo sufrió también".

Esto explica las voces de aliento prodigadas en diversas ocasiones por el apóstol, por ejemplo: "Cuando tengan que sufrir por la justicia, bienaventurados ustedes, estén siempre prestos a dar razón de su esperanza delante de aquellos que se lo pidan" (1 Pe 3,14-15). Y así comienza el texto de la segunda lectura de este domingo: "pues Cristo ha muerto por los pecados, una vez para siempre...".

Traduzcamos: su esperanza se apoya en la muerte y en la resurrección de Cristo, es este acontecimiento pascual el que debe darles toda la fuerza y toda la audacia para mantenerse firmes.

Al evocar el sufrimiento de Cristo, Pedro aplica a Jesús la imagen del servidor sufriente de Isaías (Is 53). "Él, el justo, ha sufrido por los injustos".

Pedro no tiene necesidad de decir más: pues un poco antes en esta misma carta ha desarrollado extensamente este tema: "Cristo ha sufrido por ustedes, dejándoles un ejemplo, a fin de que ustedes sigan sus huellas (1 Pe 21 ss.). Y todo esto era por nosotros" para introducirnos delante de Dios, como dice Pedro. Y la expresión "por nosotros" debe entenderse en el sentido más amplio posible, es decir, que, todos, sin tener en cuenta quienes seamos, podemos beneficiarnos de la obra de Cristo: "El murió por los injustos". Incluso por aquellos que en tiempo de Noé no fueron hallados dignos de subir al arca.

Queda por saber cómo entramos nosotros en la salvación que se nos ofrece: aceptando adherirnos a Cristo, aferrándonos a él para que nos transforme a su imagen. Concretamente Pedro nos dice que esa transformación se opera "por el bautismo". Al retomar el ejemplo de Noé, él dice, Noé construyó el arca, en la que un pequeño número de personas, ocho en total, fueron salvadas a través del agua. Era una imagen del bautismo que los salva ahora. Quiere decir, entonces, que los bautizados son como Noé saliendo al aire libre después del diluvio; Noé, porque era un hombre de corazón recto, pudo entender y aceptar la propuesta de alianza que Dios le hacía. Nosotros, por nuestra parte, podemos entrar en la nueva alianza, nos basta estar listos a comprometernos con Dios con una conciencia recta.

"Ser bautizado no consiste en ser purificados de manchas exteriores, sino comprometerse con Dios mediante una conciencia recta y participar así de la resurrección de Jesucristo".



Marcos, 1,12-15 Las tentaciones de Jesús

Cada año en el primer domingo de cuaresma, leemos el relato de las tentaciones de uno de los tres evangelistas sinópticos; este año leemos el de San Marcos, es decir, la versión más sencilla posible.

Marcos no nos precisa cuáles fueron las tentaciones que Jesús debió afrontar, pero el conjunto de su evangelio nos permite adivinarlo. Son todas aquellas ocasiones en las que Él ha debido decir "No", porque los pensamientos de Dios no eran los de los seres humano. Ya que Él mismo es humano, debió asumir sin cesar la opción de la fidelidad a su Padre. Recordemos tan sólo la confesión de fe en Cesárea de Filipo, cuando Pedro quiso desviarlo del camino de la cruz y fue reprendido como Satanás.

Jesús vivió ciertamente la tentación de no sufrir; conoció también la del éxito. Su entorno lo impulsaba en esta dirección: "Todo el mundo te busca" (Mc 1,37). La respuesta de Jesús es clara: Vayamos a las aldeas vecinas, para que proclame allí la Buena Noticia: pues para eso salí" (Mc 1,38).

Esta tensión comenzó muy pronto, cuando debió afrontar las burlas de sus cercanos; toda vocación de servicio a los demás implica desprendimientos, su propia familia fue también en algunas ocasiones obstáculo para el cumplimiento de su misión.

Este sufrimiento e incompreensión traduce otro tipo de tentación, la de convencer mediante actos espectaculares, como cuando los fariseos le pedían un signo grandioso del cielo (Mc 8,1-12). Jesús se mantuvo fiel al tipo de mesianismo que descubría en la intimidad orante con su Padre, lejos de cualquier poderío político, para predicar sin desmayo la única grandeza del amor. Por eso imponía a veces silencio a los suyos, para que ni ellos ni las gentes pudieran correr tras una falsa pista acerca del sentido de su misión.

No nos asombramos, entonces, de que haya vivido tranquilamente en el desierto durante cuarenta días, cifra simbólica, en medio de las bestias salvajes: pues así el profeta Isaías había definido la armonía que habría de reinar en la creación nueva: "El lobo habitará con el cordero, el leopardo se acostará con el cabrito" (Is 11). Marcos nos dice aquí: "Jesús es el hombre verdaderamente libre respecto de todas las tentaciones, el primer nacido de la nueva humanidad".



PISTAS PARA LA HOMILÍA

Este año seguramente muchos de nosotros no pudimos recibir la ceniza. Sin embargo, no podemos perder de vista que la imposición de la ceniza es tan sólo un signo de una realidad interior profunda que todos estamos llamados a vivir: la celebración de la cuaresma como un tiempo de gracia en el que el Señor nos prodiga especialmente su misericordia, como un camino por el que nos preparamos para celebrar gozosamente la conmemoración anual de la Pascua y, por lo tanto, para la solemne renovación anual de nuestro bautismo. De tal manera que, aunque no hayamos participado de la celebración del miércoles de ceniza en el templo parroquial, no por ello dejamos de entrar en un período de tiempo y en un camino que son muy importantes en nuestra vida cristiana: la cuarentena que nos dispone para vivir la Pascua. El signo de la ceniza es un signo penitencial que pone de relieve la fragilidad y el carácter efímero de nuestra condición humana en este mundo: “Polvo eres y en polvo te has de convertir” y, por lo tanto, la necesidad de convertirnos, de volvernos hacia el único en quien nuestra vida adquiere verdadera consistencia, hacia aquel que puede incluso hacernos renacer de nuestras cenizas, hacia Dios nuestro creador y hacia su Hijo Jesucristo, nuestro redentor.

En estos últimos meses hemos podido advertir con singular intensidad la fragilidad de nuestra condición humana.

En el primer domingo de cuaresma escuchamos siempre el relato de las tentaciones de Jesús. La primera lectura de hoy destacaba el aspecto espiritual y moral de nuestra propia fragilidad: la condición pecadora de la humanidad que pareciera llevar a Dios, al menos en un primer momento, a arrepentirse de haber creado al ser humano. Pero al mismo tiempo contiene la promesa de una alianza entre Dios y la humanidad, capaz de hacer renacer la creación y en ella al ser humano. Esta alianza está simbolizada por el arco iris que por su forma y colorido significa la unión entre el cielo y la tierra, la unión indestructible entre Dios y su creación.

En el relato del diluvio la figura de Noé hace pensar en que pese a la corrupción personal y circundante siempre permanece en el ser humano la posibilidad de agradar a su creador. Noé es a su vez imagen y anuncio de Jesucristo, del verdadero y definitivo Noé en quien la creación será definitivamente renovada.

El relato de las tentaciones, según la versión de Marcos, indica también a través de un simbolismo muy hermoso que en Cristo y en su fidelidad plena al Padre y a su querer: Jesús vivió cuarenta días rodeado de las bestias salvajes. Ya Isaías había anunciado la era mesiánica como un tiempo en el que los adversarios del mundo animal se reconciliarían (Is 11).

En Cristo el mundo se renueva. Buena Noticia para todos nosotros cuando estamos viviendo una de las crisis más dolorosas de la historia humana; hay mucho que reconstruir, pero sobre todo es necesario que de todo esto nazca una humanidad nueva, una humanidad más fraterna como lo está pidiendo insistentemente el Papa, una humanidad más compasiva y misericordiosa, una humanidad más centrada en los valores esenciales y no en la búsqueda afanosa de lo superfluo, una humanidad que cuida de la creación y que, por lo tanto, permite que la tierra, nuestra casa común, se renueve también.



Para que ello sea así, es necesario adherirnos a Jesucristo, aférranos al Él. Las lecturas de hoy nos muestran con claridad cómo hacerlo. En primer lugar, por medio del bautismo, como aparece en la carta de Pedro: el bautismo nos salva, así como las aguas del diluvio salvaron a Noé y a los suyos. Por el bautismo hemos quedado definitivamente unidos a Cristo, pero esa unión debe transformarnos permanente y progresivamente y eso se da en la medida en que seguimos a Cristo por el camino de su fidelidad, de su obediencia amorosa al Padre y de su entrega confiada a Él.

Como Jesús y con él debemos vencer la tentación, aprender a decir no a todo aquello que nos pueda apartar de designio amoroso de Dios, incluso decir no a la tentación de no aceptar la realidad de sufrimiento y de dolor en nuestra vida, a la tentación de querer agradar y complacer a los seres humanos antes que a Dios, a la tentación del éxito a cualquier precio.

Tentaciones que Jesús experimentó a lo largo de su vida y que el relato de las tentaciones de Marcos no explícita en el escenario del desierto, pero que aparecen a lo largo de toda su presentación del ministerio de Jesús.

La arquidiócesis de Bogotá está en medio de la tercera etapa de su plan de evangelización en el que nos hemos propuesto adherirnos más profundamente a Jesucristo y seguir sus huellas, estas huellas nos conducen siempre por el camino de la obediencia confiada y amorosa al Padre, de la entrega incluso en medio del dolor y de la incompreensión. Sólo así podremos ser evangelizadores.

Que esta cuaresma sea la oportunidad preciosa para ponernos al ritmo de la obediencia de Jesús, al ritmo de su fidelidad incondicional, al ritmo de su dedicación sin reservas a la obra del Padre.

Que el pan de la eucaristía nos fortalezca y alimente para que podamos atravesar juntos el desierto cuaresmal y llegar gozosos y renovados a la celebración anual de la Pascua. El ayuno, la oración y la limosna nos ayuden a avanzar por esta senda de renovación



MONICIÓN DE ENTRADA

Sean todos bienvenidos a nuestra celebración festiva, encuentro con Dios y los hermanos en este primer domingo de la cuaresma, camino hacia la Pascua del Señor.

Que el Espíritu Santo nos guíe en este tiempo de renovación espiritual y nos lleve, como a Jesús, a optar por el plan de Dios venciendo toda tentación.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Las aguas purificadoras del diluvio son imagen del bautismo en el que nos sumergimos en la dinámica pascual de Cristo. De toda Palabra que sale de la boca de Dios alimentamos nuestra vida de fe para hacer nuestro el plan de Dios. Escuchemos.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Dirijámonos confiados a nuestro padre Dios, seguros de encontrar en él consuelo y respuesta misericordiosa a nuestras súplicas.

R/. Padre bueno, escúchanos.

1. Para que este tiempo de cuaresma sea, para toda la iglesia y sus pastores, un tiempo de renovación en la fidelidad al Evangelio. Oremos.
2. Para que la luz de Jesucristo ilumine a los gobernantes y dirigentes de todas las naciones, para que sean siempre rectos y honestos en su proceder y protejan los derechos de los más pobres y vulnerables. Oremos.
3. Por los enfermos, los privados de libertad y los excluidos de la sociedad, para que descubran el rostro misericordioso de Cristo en sus momentos de angustia y soledad. Oremos.
4. Por toda la sociedad, agobiada por las consecuencias de la pandemia. que todos actuemos con responsabilidad, que superemos el miedo y el desánimo con esperanza, y que Dios nos proteja y nos ayude. Oremos.
5. Por los que participamos en esta asamblea litúrgica, para que la palabra recibida y el pan compartido, nos animen en nuestro camino de conversión y en nosotros triunfe el bien por encima del mal, en el nuevo ritmo de vida que Dios nos propone. Oremos.

Escucha, Padre de amor y perdón, nuestras oraciones, y renuévanos con tu misericordia. por Jesucristo, Nuestro Señor.